

el reposo necesario. Al oirlas, dejó la lectura, asomando á sus labios una sonrisa de satisfacción, y murmuró entre dientes:

— Mis primos no leerán este libro, porque si lo abrieran lo tirarían al terminar la primera página. Su autor habla á la inteligencia y al corazón, y son ellos la negación de ambos. En él revela raro ingenio y delicadísimos sentimientos: mas ¡ay, pobre Enrique de Velasco, si has menester el producto de tu libro! Aquí se olvidaron de arrojarlo á la chimenea; otros tendrán más memoria, y la generalidad lo dejará en los estantes del librero: primero, porque no te conocen, y segundo, porque según voy aprendiendo, el buen criterio es el enemigo común del presente siglo, á quien asustas con el solo nombre. Ea, basta por hoy.

Levantóse resueltamente de su asiento, y penetrando en su alcoba, arrodillóse ante la imagen del Redentor, permaneciendo algunos minutos en oración, y desapareció despues tras las cortinas de su lecho.

CAPÍTULO V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Adriana durmió poco; desagradablemente impresionado su espíritu al ver cuán diferentes eran sus parientes de lo que ella creyera, no pudo encontrar reposo en el sueño; así que, apénas los primeros albores de la naciente aurora disiparon las espesas sombras de la noche, abandonó la cama, y envolviendo su cuerpo en un largo traje de mañana, arrodillóse ante la imagen del Crucificado, y despues de elevar á Él su corazón, salió de la alcoba, siendo el primer objeto con que sus ojos tropezaron el libro que tanto la embelesara la noche anterior. Sin distraerse en cosa alguna, dejóse caer en el mismo sillón que horas an-

tes abandonara, y leyó de nuevo las bien escritas páginas de *El Buen Criterio y el Siglo XIX*.

En tal estado, hirióla de lleno el primer rayo de sol que brilló en Oriente.

Cuando entró su nodriza en el aposento, cerró Adriana el libro, quedóse pensativa algunos instantes, exclamando luego:

— ¡Este libro me embelesa! ¡Cuánta verdad! ¡Cuánta elocuencia! ¡Cuánto sentimiento revela su autor! ¡Oh, yo admiro esos talentos privilegiados que tales obras producen! Una novela, cualquiera la escribe; todo consiste en tener mejor ó peor inventiva; mas esta clase de libros, que tanto profundizan el corazón humano, en los que cada lector halla algún rasgo del suyo, hijos son de talentos no comunes.

— Señora . . . murmuró la nodriza acercándose á ella; mucho habeis madrugado.

— Es, Ana, que no he dormido.

— ¿Habeis estado indispuesta? preguntó Ana con dolor y afán.

— Ningun motivo justificado ha privado

mi sueño; apoderóse de mí el insomnio, y con él me ha sorprendido la aurora.

— ¿Teneis algo que mandar?

— Deseo visitar una iglesia cualquiera antes de hacer cosa alguna.

— ¿Quereis salir pronto?

— Ahora mismo. Dí á Dori y á Meri que entren á vestirme, y encarga que esté pronto el carruaje.

Salió la anciana, presentándose inmediatamente las dos jóvenes inglesas.

Vistióse la duquesa un negro traje de casimir, abrigó su linda cabeza con un sombrerito de castor, dejando caer un largo velo sobre su rostro; metió sus nacaradas manos en un manguito de piel de chinchilla, y acompañada de su nodriza y de las dos jóvenes, salió de sus aposentos en direccion á la escalera, al pié de la cual esperaba un carruaje tirado por un solo caballo, conforme ella habia dispuesto.

A las diez regresó á su casa, después de visitar el templo y los asilos de caridad; y

supo por el estirado mayordomo, que sus parientes no acostumbraban á levantarse ántes de las doce del dia. Inmediatamente hizo avisar á sus administradores, ante los cuales no tardó ella en presentarse.

Despues de preguntarla aquellos por el estado de su salud y de cumplir con las leyes de la cortesía, dijo Adriana:

—Me consta, por habérmelo dicho mi señor padre poco ántes de morir, que las rentas de mi tío el señor baron del Monte, ademas ser escasas, no están en corriente; y siendo el principal objeto de mi venida á España pagar todas las deudas que haya podido contraer el hermano de mi querida madre, y evitar que contraiga otras, desee que tengais con él una entrevista, en la cual procureis informaros de cuánto se debe, para que dentro de tres dias quede todo pagado. Pondreis asimismo en su conocimiento que desde hoy percibirán dos mil pesos mensuales, con los cuales y sus rentas tienen lo suficiente para no contraer nuevas deudas; ademas les advertireis que

toda cuestion de intereses deben tratarla con vosotros, pues yo no me ocupo de ellos.

—Muy bien, señora, dijo el anciano James tomando la palabra. Permitireis os diga ahora que las deudas del excelentísimo señor baron del Monte deben ser algo crecidas, segun me ha dicho uno que dice ser mayordomo desde la llegada de vucencia, y al cual se le deben seis años de haberes, sin que ninguno de los sirvientes más modernos haya percibido todavía un maravedí. Hemos sabido tambien que para recibir á vucencia se ha restaurado la casa, se ha triplicado el servicio de ella, se han comprado caballos y carruajes, todo á expensas de vucencia, pues se adeuda todo, por lo que os suplico me digais si debemos tocar esta cuestion con vuestro excelentísimo tío.

—Mucho me pesa de ello; mas si por las cuentas que éste presente, comprendeis que es necesario, os autorizo para hacerlo, bastando con darle á entender que deben reducir su presupuesto á sus haberes; por-

que si bien ahora pagaré todas sus deudas, por crecidas que sean, no así las que contraigan de nuevo, pues el dinero que se tira es el patrimonio del pobre.

— De modo que, sean cuales fueren, ¿pagaremos todas las deudas?

— Exactamente.

— ¿Manda vucencia otra cosa?

— Ignoro los fondos que tiene Ana; de todos modos, le entregareis tres mil pesos.

Inclináronse profundamente los dos administradores y salieron de la habitación. Entró de nuevo la duquesa á su dormitorio y volvió á abrir el libro de Enrique de Velasco.

Cerca de las doce serian cuando fué interrumpida en su lectura por la baronesa y sus hijas, que le renovaron sus besos, abrazos y protestas de cariño, llevándose la al salon de confianza, donde fué recibida con igual ovacion por el baron y su hijo. No tardó en servirse el almuerzo, des pues del cual la duquesa mostró deseos de salir á disfrutar de la hermosura del dia.

— ¿Hoy? balbucearon sus parientas.

— Sí... Lo preguntais de una manera...

— Es que hoy recibimos, contestó la baronesa y ya ves que no estaría bien dar un desaire á muchas personas que vendrán á visitarte.

— Cierto; mas ¿á qué hora es la recepción?

— En este tiempo, de tres á seis.

— Es la una, dijo Adriana mirando un hermoso reloj que sobre la chimenea habia; tenemos aún dos horas.

— Sí, pero vendrá el peluquero.... Además, Adriana, tú no sabes los usos de Madrid, y debemos advertirte que es altamente ridículo ir á pasear á estas horas.

— Mucho lo deseaba, y no por el paseo; mas es fuerza no separarse de la corriente de las costumbres; así, será preciso dejarlo para otra ocasion.

— ¿Desearás visitas las muchas cosas notables que tiene Madrid?

Sonrió la duquesa haciendo una señal afirmativa.

—¡Oh! es lo más fácil, dijo Luis; considera que tengo la villa medida á palmos, libre entrada en todas partes, desde el palacio real al del último título; á mi nombre se abren todas las puertas.

—¡Toma! objetó Lola. Tratamos á todo Madrid, figurámos en todas las reuniones y nada de particular tiene que conozcamos una por una todas las personas de la corte.

—Mucho me place, contestó Adriana con alegría, pues conociendo á todo Madrid no ignorareis dónde se ocultan las muchas familias indigente que devoran sus lágrimas en miseras guardillas, guardando como reliquia una raída levita ó una mantilla mugrienta, con las cuales se presentan en público, procurando ocultar la miseria que su traje revela. ¿Tendréis á bien indicarme alguno de estos sitios ántes de visitar los palacios?

Miráronse extrañados los del Monte, y Adriana continuó:

—¿No quereis acompañarme á algún asilo de dolor de los que en medio de vues-

tras diversiones debeis visitar para que yo contribuya con vosotros á enjugar las lágrimas del que llora?

—Ignoro quien podrá darnos razon de lo que deseas, murmuró Luis desconcertado.

—¿No sabeis ninguno? dijo Adriana sorprendida.

—¿Cómo quieres que lo sepamos? repuso la baronesa.

—Creí . . . baluceó Adriana, bajando los ojos y haciendo un gesto de resignacion.

Para cortar una conversacion que les empalagaba, dirigiéronse las del Monte á sus respectivas habitaciones, ávidas de arreglar su *toilette*, despues de acompañar á la duquesa hasta su tocador, la que cambió su bata de casimir por una de terciopelo sin más adorno que unos valencienones en la garganta y puños, dirigiéndose luego al salon, que empezaba á verse favorecido, quizás por la vez primera, por lo más selecto de la sociedad española.

Fácil de imaginar es cómo fué recibida la poseedora de cuatrocientos millones en cuanto tocó su leve planta la alfombra del salón, do: de acudían á visitarla la nobleza, la banca y la alta diplomacia de la corte. Adriana, siempre atenta, invariable y discreta siempre, recibía el incienso de la adulación con el tacto exquisito que tanto la distinguía, contestando con dulzura y amabilidad, y confundiendo no pocas veces á la reunión que la esenchaba.

Retiráronse sucesivamente todos los visitantes, llevándose cada uno un recuerdo más ó ménos vivo de Adriana de Wosley, unos de despecho, de simpatía otros, y de envidia muchas.

Terminada la recepción, sentáronse á la mesa sus excelencias, y para complacer á sus parientes, asistió la duquesa aquella noche al teatro Real, donde los ojos de la mitad de los espectadores estuvieron fijos en ella y no ménos en su galante primo Luis, que sin separarse un segundo de su lado procuraba dar á entender que era el

elegido por la suerte para unirse con indisolubles lazos á los cuatrocientos millones de la duquesa de Clarendon. Excusado es decir que su palco estuvo toda la noche lleno de finos aduladores que hicieron las delicias de los barones y sus hijos, pues encontrábanse de pleno en su elemento.

Terminada la *Lucia*, retiráronse sus excelencias á su casa, y despues de despedirse de sus tíos y primos, entró Adriana en su dormitorio, donde la esperaban su nodriza y las dos jóvenes. Desnudáronla del elegante traje de luto, vistiéronla una bata de noche, y despues de ser despedidas por la duquesa del modo que tenia por costumbre y que hemos visto en anteriores páginas, retiráronse las tres mujeres, dejando á su señora sentada ante un velador y engolfada en la lectura del libro titulado: *El buen criterio y el Siglo XIX.*